

risa de siempre. Me habían informado de su mejoría, ¿qué le ha pasado, pues, que ha vuelto atrás?—la pregunté. Sí, estaba mejor—me contestó con voz débil y anhelante,—pero la otra noche, la noche del temporal, ¿recuerda? tuve que levantarme. *Aquel* hombre estaba de viaje y en la madrugada, cuando más llovía, llegó á caballo. Venía muy embriagado y le oí caer. ¿Qué le parece? ¿Cómo lo iba á dejar entre el barro, bajo el aguacero? Estaba sudando la calentura, pero ¡me daba tanta lástima! Me costó mucho llegar al patio; como pude lo ayudé á levantarse y lo traje á la cama para quitarle el vestido empapado. Me había vuelto á *recoger* en esa banca, cuando me acordé del caballo que había quedado afuera, con la montura puesta. Tuve que salir de nuevo al patio, desensillararlo y dejarlo atrás de la casa, bajo el cobertizo. ¡Pobre animal! Sentí deseos de llorar al verlo tan cansado y lleno de barro. Ya ve: *seguro la mojada* me puso peor.

Su relato fué contado con esa prolijidad que acostumbra siempre la gente del pueblo, pero con tono sencillo, como se refieren las cosas más natura-

les que no cuestan ningún esfuerzo. Yo me sentía emocionado. ¡Dulce y amable criatura! ¡Cuánto me ha hecho filosofar! Se conocía que sufría, porque tenía los labios secos por la fiebre y por su respiración anhelante; pero no se quejaba. Cada vez que me sorprendía mirándola, me enviaba una de sus sonrisas amables.

Reflexione usted—añadió mi amigo—y piense de dónde le nace á estas sencillas gentes portarse así? ¿No cree usted que en sus corazones existe una fuente natural de bondad? ¡No imagine usted cuánto me conmueven! Hacen el bien como cantan los pájaros que al hacerlo no piensan en mérito alguno y sin embargo llenan de alegría el bosque.

No olvide mi pequeño relato y no sepa mirar á su prójimo sólo con desconfianza y disgusto. Cuando conozca un acto indigno, no llene de amargura su corazón; piense cuántas silenciosas y bellas acciones se estarán realizando al mismo tiempo, y esto la consolará y la hará mirar con más simpatía y misericordia á los pobres hombres.

CARMEN LIRA

La novela de las horas y de los días¹

(Fragmentos)

Septiembre 29 de 19**

Fué Zola el ariete más formidable de su época. Cada uno de sus macizos volúmenes era una mole monstruosa que rodaba desde la montaña hasta el valle difundiendo la confusión entre los malos. Cada página suya abría en la tradición grandes grietas por donde se filtraba después el bálsamo de la regeneración anunciada. Tenía su prosa reflejos de sable corvo que lo mismo sirve para el combate que

para la labor benéfica de los campos. Y resonaba su voz con tan augusta serenidad sobre las tierras, que parecía brotar de la garganta de un ser extraño á nuestra vida.

Los *Rougon-Macquart* son el requisito más implacable y más severo contra la sociedad corrompida y venal que preparó la derrota de 1870. Todas esas páginas, que algunos han tachado de inmorales, porque presentan, con la cruda sinceridad de un hombre honrado, el cuadro lastimoso de las últimas palpitaciones de un régimen, encierran una lección moral decisiva que todos acabarán por comprender. No se complace Zola en exhibir las llagas y las podredumbres de un universo en descomposición con el fin de

¹ De las innumerables obras que lleva publicadas Ugarte—á pesar de su juventud—en esa fiebre impaciente de *hacer libros* que aqueja á nuestra intelectualidad bizarra y triunfadora—es ésta á nuestro juicio la que llevará su nombre más allá del olvido.

Libro delicado y armonioso que hace sentir las más intensas emociones.—LA DIRECCIÓN.